

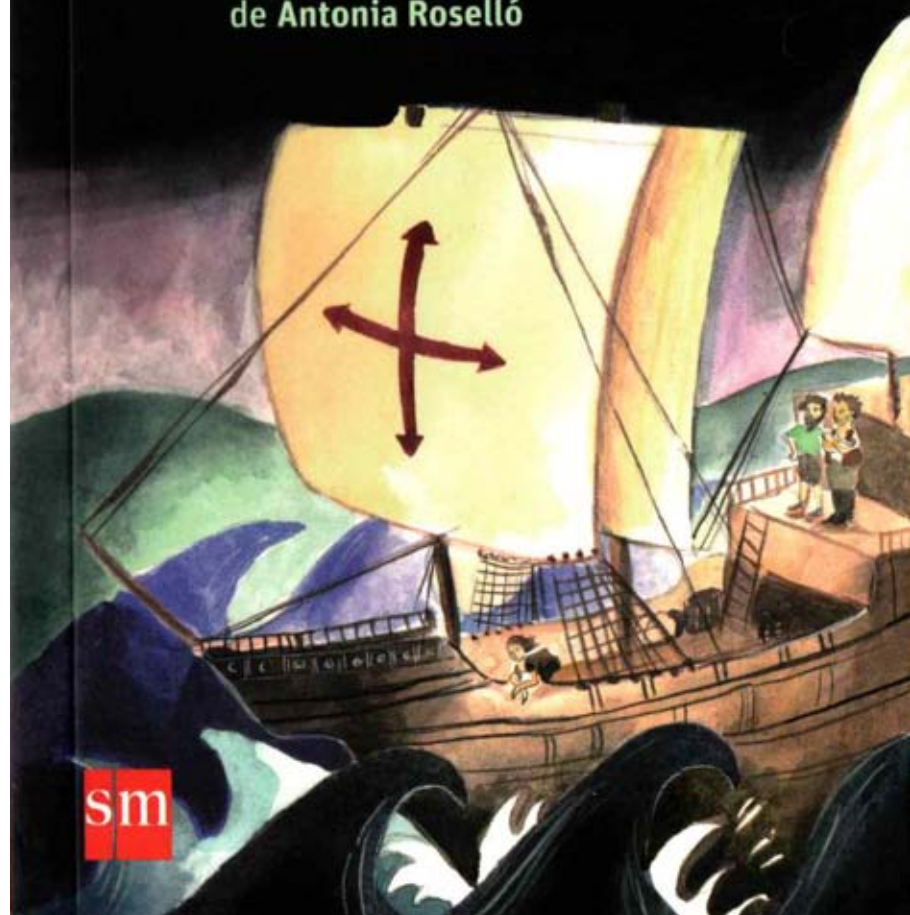


EL BARCO
DE VAPOR

El polizón de la Santa María

Jacqueline Balcells

Ilustraciones
de Antonia Roselló



sm

Capítulo I

¡Polizón a bordo!

Atardecía en la isla Gomera y las chalupas aún estaban llevando agua, leña y sacos de alimentos a bordo de la Santa María, la Pinta y la Niña. Cristóbal Colón, aparentemente tranquilo, se paseaba por la cubierta de la carabela capitana dando las últimas instrucciones del embarque. Al día siguiente, antes del alba, las tres naves zarparían de las Canarias rumbo a las Indias. El nerviosismo propio de la partida se hacía sentir en las órdenes secas y en las caras tensas. Pero el único de verdad asustado era Gabriel, un niño flaco y chico de solamente doce años de edad, que había logrado esconderse dentro de un saco y ser lanzado como un bulto en la bodega de la Santa María. Estaba semiahogado en la harina, pero no se atrevía a mover ni el dedo meñique por miedo a que lo descubrieran antes

de zarpar. En la bodega oscura donde estaba se oían los gritos de los marineros y las carreras de los ratones. Trató de acomodarse dentro del saco, abrió con las uñas un pequeño orificio en la tosca tela, sacó la nariz para respirar mejor y, a pesar de sus temores, como niño que era, muy pronto se quedó dormido.

Muchas horas después, Gabriel se despertó bastante adolorido y muerto de hambre. Por el ruido de las olas y el vaivén del barco, no le cupo duda de que ya iban navegando. Entonces el polizón rasgó con todas sus fuerzas el saco en que estaba y saltó fuera junto con la mitad de la harina. Caminó a tientas por entre los bultos y atados de leña hasta encontrar una escotilla que se puso a golpear con los puños. No pasaron ni dos minutos cuando un enorme marinero, de pelo negro e hirsuto y cara de no muy buenos amigos, abrió la trampa de un golpe.

—¡Polizón a bordoooooooo! —gritó, o más bien aulló, en cuanto vio al niño que desde abajo lo miraba enharinado hasta las pestañas y temblando como una hoja. Acto seguido lo levantó por el cuello de la camisa y pegándole un puntapié tras otro lo paseó por la cubierta. Inmediatamente acudieron otros marineros que entre carcajadas y garabatos le dieron una paliza como si el pobre Gabriel fuese el peor de los maleantes.

Y cuando el niño, adolorido y avergonzado, se puso al fin a lloriquear, oyó el vozarrón cruel del marinero amenazándolo:

—Y ahora, ¡donde el almirante! ¡Ya verás cómo te castiga! ¡Ya verás el trato que damos a los que se meten de contrabando en una de nuestras naves!

Y así fue como Gabriel llegó ante la presencia del jefe de la expedición.

Cristóbal Colón estaba sentado en su escritorio estudiando unos mapas, cuando el marinero gigante que había encontrado a Gabriel tocó a su puerta y entró con él a empujones.

—¡Almirante! ¡Descubrí a este polizón a bordo! —dijo el hombrón moreno, que se llamaba Francisco y era el contraмаestre de la Santa María.

Colón miró al niño —que, en el estado en que se encontraba y junto a ese hombre grueso y tosco, parecía tener no doce años sino seis—, se compadeció instantáneamente de él y, dirigiéndose al contraмаestre, le dijo:

—Déjame a solas con él —y cuando este partió, se levantó bruscamente de su sillón con la cara seria y el ceño fruncido, y se puso a interrogarlo con una voz que parecía furiosa.



—¿Me puedes explicar qué haces tú aquí, a una edad en que deberías estar junto a las faldas de tu madre?

Gabriel era un niño tenaz y valiente, y no se había amilanado con los golpazos que recién había recibido. Levantó entonces la cabeza y, secándose las lágrimas, respondió:

—Mi padre era marino y murió en un naufragio, señor. Yo quiero seguir sus pasos, pero mi madre se opone. Entre ella y mis hermanas me cuidan como tres gallinas con un solo pollo. ¡Y yo ya soy un hombre!

Colón, sin dejar traslucir la risa que le produjo esta fiera respuesta, siguió interrogándolo:

—¿Cómo te llamas?

—Gabriel, señor.

—¿Qué edad tienes?

—Tengo doce años, y ya sé leer, escribir, aritmética y un poco de latín —contestó el niño rápidamente.

—¿Hasta latín sabes? ¿Y cómo es eso? —le preguntó intrigado el almirante.

—Es que mi madre quiere que yo sea un hombre de letras, un sabio. Y me lleva todos los días donde el padre Damián para que él me enseñe. Ella dice que el mar es un monstruo

maldito, agazapado, a la espera de sus víctimas. Y que jamás me dejará ser marino. Es por eso, señor, que he tenido que embarcarme así...

—¿Y por qué has elegido este barco?

—¡Porque va a África! ¡A Sierra Leona! Mi padre también estuvo en África... —contestó el niño con entusiasmo; pero luego, al ver la cara de sorpresa del almirante, dudó—: ¿O quizás va aún más allá, al Oriente...?

—Sí, vamos al Oriente —respondió Colón, pensativo—, mas no por África, sino que dando la vuelta al mundo, igual que el Sol. No bordearemos las costas a la manera de esos portugueses timoratos. Nosotros atravesaremos este océano entero para llegar a las Indias por el otro lado. Porque la Tierra, Gabriel, es redonda.

Al oír estas palabras de Colón, el niño se quedó mudo de impresión. Algo había estudiado él de geografía con el buen cura Damián, pero eso de que la Tierra era redonda... ¡Dios! ¿No estaría este hombre un poco loco? ¿No llevaría a sus barcos a un desastre seguro? Miró por las ventanillas hacia el mar inmenso donde las otras dos carabelas parecían unas pajaritas de papel, se acordó de su madre y sus hermanas, y otra vez le vinieron

unas ganas tremendas de llorar. Gruesas lágrimas se agolparon en sus ojos sin que pudiese disimularlas.

—Ya, ya, jovencito..., ¡ánimo! ¿Es que vas a asustarte ahora, tú, un hombre hecho y derecho e hijo de un valiente marino? ¡Vamos, seca tus lágrimas! Desde hoy trabajarás para mí: te ocuparás de servirme la comida y de asear mi cámara; y en las tardes, ya que eres un hombre culto, me leerás la Biblia.

—¿La Biblia? ¿Es usted tan piadoso acaso como el padre Damián?

—No solo soy piadoso, sino que estoy seguro de que Dios, y nadie más que Dios, puede sostenerme en esta empresa. Y si vuelvo a España con las naves cargadas de oro, armaré un ejército para recuperar Jerusalén, que está hace siglos en manos de los moros. ¡Así, este viaje servirá para rescatar la Ciudad Santa y para que la cruz vuelva a reinar en ella!

Capítulo II

Santo y palomo

La vida de Gabriel en la Santa María se llenó inmediatamente de mil obligaciones. Se pasaba los días barriendo el piso de la cámara, frotando los vidrios, limpiando instrumentos, desempolvando libros, enrollando mapas, sirviéndole la comida al almirante y remendándole la ropa. Y por las tardes, a la luz de una vela, leía en voz alta algún capítulo de la Biblia, mientras la carabela se balanceaba y Colón, sentado en su sillón, lo oía con los ojos cerrados. Luego, llegada la noche, se echaba en un jergón a los pies de la cama del marino, y se dormía feliz de estar en medio del océano y de ser un hombre de mar, como lo había sido su padre.

Pero no todo era paz y alegría para el muchacho. Los otros grumetes y marineros,

envidiosos de la atención que el almirante le prestaba, no perdían oportunidad de molestarlo.

—¡Ahí va el favorito! —decían a su paso. Y acto seguido lo tapaban de insultos, humillándolo.

El primer día que hubo mar gruesa y Gabriel se mareó, las risas y burlas de la tripulación llegaron al límite. Francisco, el contramaestre, viéndolo pálido y desmadejado, lo mandó a desenredar un cabo a media altura del palo mayor. El barco se movía como una cáscara de nuez en la marejada, y Gabriel, que se sentía morir, habría seguramente caído desde el mástil si Colón no lo hubiese visto en apuros y no hubiese enviado a un marinero a socorrerlo.

No es que los hombres de la tripulación fueran todos malos, sino que, rudos e ignorantes como eran, veían en el polizón de las Canarias, pequeño pero letrado, a un ser tan distinto a ellos que les costaba aceptarlo. Y por eso lo hostigaban.

El niño, sin embargo, no se achicaba y jamás iba con quejas donde el almirante. En cambio, le rogaba a este que lo tratara como a un grumete más del barco y que lo dejara aprender las maniobras de cordajes y velamen.

—¡Ya soy un hombre, don Cristóbal! ¡Déjeme aprender a ser un marinero! —le rogaba—. ¡Tengo doce años!

Colón, finalmente, accedió a los ruegos del muchacho, y lo confió al cuidado de Anselmo, un viejo marinero, para que este le fuera enseñando las cosas del mar. Mas, llegada la tarde, Gabriel debía presentarse siempre en la cámara para leer en voz alta un capítulo de la Biblia.

Los marineros, que en su gran mayoría eran hombres supersticiosos y de vidas disipadas, comenzaron entonces a reírse de estas diarias lecturas.

—¡Eh, jovencito! —le gritaban cuando lo veían dirigirse hacia la cámara—. ¿Eres monaguillo o marinero? ¡Los rezos son para las mujeres!

Y uno que era un poco más culto que los demás, el grumete Jerónimo, lo acosaba diciéndole:

—Mira, polizón, mira el mar por el que vamos...; mira el horizonte... ¿No vas a creer que este infinito fue hecho en un día? ¡Ja! ¡A otro con ese cuento!

—¿Y no creerás que ese Sol que brilla sobre la Tierra y esa Luna que levanta las aguas fue-

ron hechos en un solo día? ¡Vamos! ¡Eres una niñita a la que los curas le llenaron la cabeza de historias!

Gabriel se defendía como podía.

—¿Y cómo el almirante, y el piloto, y el condestable, que son hombres valientes, creen?

—¡Porque son gente de salón! ¡Tienen demasiada fantasía y muy poco seso! Pero a nosotros, hombres de puro mar, nadie nos cuenta cuentos...

Así, día a día iban llenando de dudas al joven polizón, que, a fin de cuentas, no era más que un niño desamparado. Y una tarde en que leía precisamente la primera parte del Génesis, donde se cuenta la creación del mundo, Gabriel se quedó de pronto sin voz, con un nudo en la garganta.

—Pero, ¿qué te pasa? —le preguntó Colón desconcertado.

—Es que ya casi no creo en estas palabras... Ahora me estoy convirtiendo en un marinero y no puedo seguir leyendo cosas de mujeres y de curas. ¿Cómo puedo a los doce años seguir creyendo que el mar, el Sol, las estrellas y el mundo han sido hechos en una semana, como dice aquí? ¡Por favor, don Cristóbal, no

me pida que le lea de nuevo la Biblia! —y Gabriel escondió la cara entre las manos.

Cristóbal Colón se le quedó mirando muy serio; luego le acarició la cabeza y le dijo que dejara de leer por ese día y se fuera a dormir.

Esa noche el almirante se paseó durante largo tiempo por su cámara con las manos tras la espalda y el semblante ensombrecido.

“Este inocente niño —se decía— no hace más que repetir lo que la tripulación le ha dicho. Él no me preocupa: sus dudas y desconciertos pasarán. Pero si mis hombres no tienen fe, ¿cómo van a resistir este viaje a lo desconocido? ¿Con qué fuerzas van a perseverar si pasan los días y este océano, por el cual nunca nadie se ha aventurado antes, no nos muestra ninguna tierra? ¡No querrán seguir adelante! ¿Y qué sacaría yo entonces con hablarles de cosmografía y cálculos astronómicos?”.

La preocupación de Colón no era en vano. Hacía más de dos semanas que habían zarpado de las Canarias y ya las miradas de soslayo y los murmullos súbitamente interrumpidos cuando él se acercaba a algún grupo de hombres eran más que notorios.

“¿Y cuál será el ánimo —se preguntaba inquieto el almirante esa noche— en las otras dos naves de la flota, la Pinta y la Niña?”.

Finalmente, pasada la medianoche, se decidió:

“Estos débiles tienen que llegar a tener una fe ciega en mí. Si no, fracasaremos o moriremos. ¡Les revelaré un misterio que los dejará encandilados!”.

Al día siguiente, poco después del amanecer, Colón reunió a toda la tripulación en cubierta. Allí estaban viejos y jóvenes; vascos, asturianos, catalanes, leoneses, portugueses, moros conversos y andaluces; desertores, ladrones, vagabundos, criminales y uno que otro hombre honrado.

—¡Hombres de la Santa María! —les gritó—. ¡Quiero darles una prueba fuerte y misteriosa de la grandeza de este viaje que hemos emprendido!

Y con la cara muy solemne interrogó al joven polizón que estaba entre los hombres:

—Gabriel, ¿cómo me llamo?

El niño, asustado, pero también halagado de ser distinguido por el almirante en público, le respondió sin dudar:

—Señor, usted se llama don Cristóbal Colón.

—¿Y sabes tú quién fue Cristóbal?

—Cristóbal, señor... —titubeó Gabriel, que trataba de imaginar qué respuesta era la que el almirante esperaba—, Cristóbal, señor..., Cristóbal... —y en su angustia por contestar rápido dijo, finalmente, lo único que sabía—: Cristóbal, señor, fue ¡San Cristóbal! ¡El gigante que pasó en sus hombros a Cristo niño, de una ribera a otra, a través de un ancho río!

—Bien —lo aprobó Colón—. ¿Y sabes quién es Colón, o Colombo, como los más me llaman?

—Colombo... Colombo...

Gabriel se quedó pensando, tratando de recordar sus estudios y lecturas con el padre Damián y lo que había leído en el Libro Santo, pero nada... Tenía la mente en blanco. Los hombres a su alrededor estaban en silencio, pero él sentía el peso de sus miradas hoscas y prestas a las burlas. “Colombo, Colombo...”. Dios, ¡si se acordara! Y de pronto, con una serie de gritos estridentes, respondió:

—Colón, Colombo, ¡Columbus! Columbus en latín quiere decir “palomo”.

—¡Exactamente! —respondió el almirante, mirando luego a la tripulación como preparándola para oír lo más importante. Los marineros, inmóviles, se espiaban de reojo preguntándose con la mirada qué diablos iría a terminar diciéndoles ese italiano excéntrico.

—Y dinos, Gabriel —continuó Colón—, ¿cuál fue el palomo?, ¿qué hizo el palomo?

—El palomo, señor —vaciló el niño—, el palomo, señor... No me acuerdo de ningún palomo...

—¡Vamos, polizón! —exclamó el almirante con los ojos en llamas fijos en el muchacho—. ¿Cuál fue el primer palomo de la historia? ¿Qué hizo? ¡Tú lo sabes! ¡Responde!

Se oyeron unas risitas mientras algunos de los hombres se codeaban mirando a Gabriel que, rojo de vergüenza, trataba infructuosamente de recordar. Lo que más temía era el desprecio del almirante, que por primera vez en el viaje lo trataba de polizón.

—El pri-primer pa-pa-lomo, señor —tartamudeaba Gabriel—, el pa-pa-lomo... ¡¡¡Aaah!!! ¡Ya sé! —gritó frenético—: ¡El palomo fue el ave que llevó al arca una ramita de olivo en el pico y se la entregó a Noé para que supiera

que la tierra había emergido de las aguas y que el diluvio había terminado!

—¡Bravo! ¡Eso es! —lo celebró Colón con un brillo de alegría en la mirada. Y luego, dirigiéndose a la multitud de marineros perplejos, les dijo—: ¡Ya lo saben! No es casualidad que mi nombre sea Cristóbal Colón. Es un signo de mi destino y del suyo. Yo soy Cristóbal, y tal como San Cristóbal con Jesús en sus hombros, los llevaré a ustedes y a nuestra fe por estas anchas aguas, sanos y salvos, hasta la otra orilla. Y yo soy también Colón, Columbus, y como el palomo de Noé, seré el primero en encontrar una nueva tierra que las aguas dejarán aflorar y cuya noticia llevaré de vuelta a España junto con ustedes. ¡No tienen nada que temer! ¡Confíen en mí!

Los marineros, en un principio boquiabiertos, volvieron luego a sus labores en silencio y pensativos. Era la primera vez que se encontraban con un capitán semejante. ¿Se habría vuelto completamente loco este genovés? A lo mejor se había puesto de acuerdo con el polizón para engañarlos con sus latines. ¿O sería acaso verdad que era un enviado de Dios?

En cuanto a Gabriel, tan maravillado lo dejó la revelación de Colón, que desde ese momento se puso a pensar con toda seriedad en su propio nombre, y en si este le señalaba a él también un destino especial. ¿Quién había sido Gabriel? Gabriel fue el ángel anunciador... ¿Iría a anunciar algo él, un pobre polizón? ¡Qué misterio!

Capítulo III

Siete días de plazo

Pasó otra semana en paciencia y calma. Pero los efectos de la solemne declaración del almirante fueron atenuándose ante el terrible horizonte del océano que seguía desnudo como una navaja. El viento soplabla fuerte y las tres carabelas navegaban a buena velocidad, mas ni un asomo de pájaros en el cielo o de ramas de árbol flotando en el agua indicaba la proximidad de alguna costa.

Gabriel había vuelto a las lecturas de la Biblia y se sentía ahora muy avergonzado de haber dudado de la palabra de Dios por prestar oído a los ignorantes. El almirante no le había hecho comentario alguno al respecto, y seguía escuchando al niño con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.

Mientras tanto los marineros comenzaban nuevamente a murmurar y a inquietarse.

—¿No nos prometieron al salir de la Gome-
ra que el viaje duraría, a lo más, veinte días?
—se preguntaban—. Y eso que hemos tenido
buen viento...

Francisco, el contramaestre, los alarmaba:

—Yo, que llevo cuarenta años en el mar, les
digo que aquí sucede algo muy extraño... ¡De
esta no saldremos vivos!

Y el grumete Jerónimo no tardó en acosar a
Gabriel, burlándose de la inmovible con-
fianza de este en el almirante.

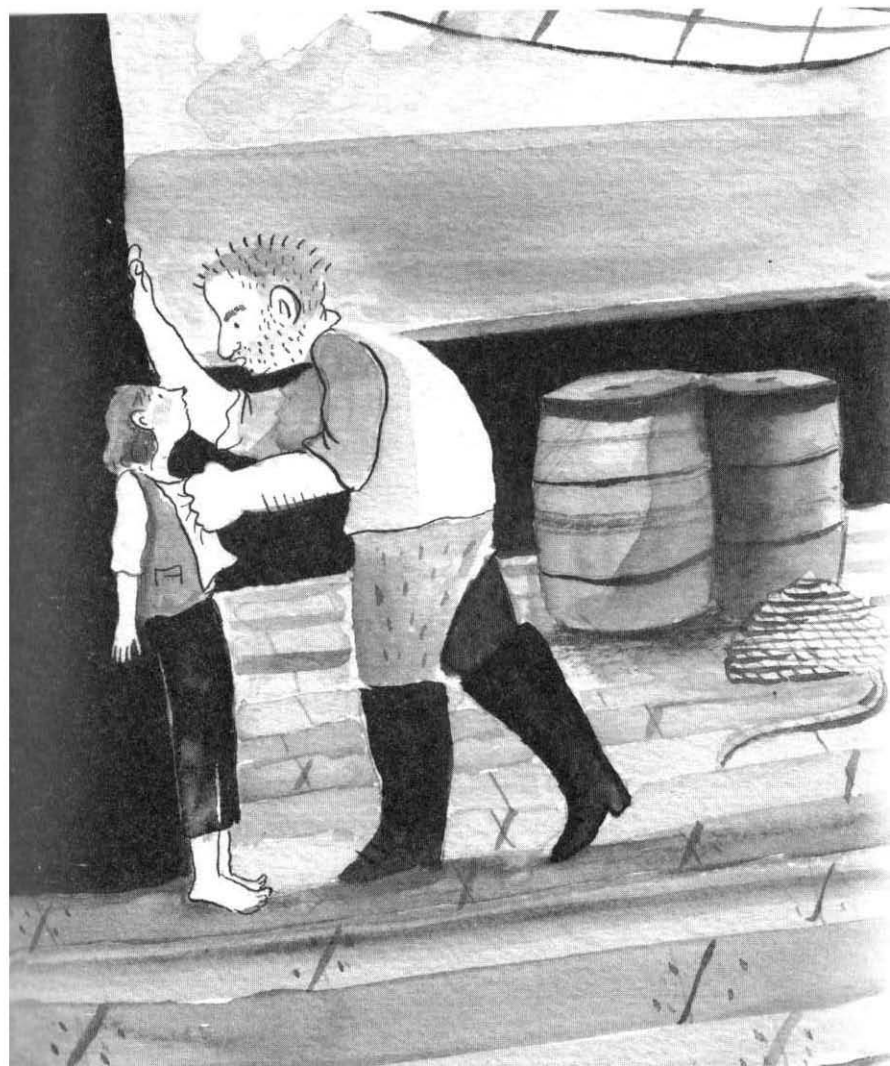
—Polizón —le decía—, ¿tu San Cristóbal
sabría hacia dónde se halla la otra orilla de este
riachuelo?

O también:

—Polizón, ¿no se le habrá caído la rama de
olivo del pico a tu palomo? ¡No la vemos por
ninguna parte!

Gabriel sufría mucho con estas y otras bur-
las, pero como era muy hombre a pesar de sus
cortos años, nunca decía una palabra de ello al
almirante. Mas un día, cuando ya se cumplía
un mes desde que habían zarpado, Gabriel, que
estaba junto al palo mayor ensayando un nudo
muy difícil que le había enseñado el viejo An-

selmo, sintió de pronto que lo agarraban por
la camisa y le daban un violento tirón. Se dio
vuelta y se encontró con la cara de Francisco,
roja de ira y con los ojos inyectados en sangre.



—Óyeme bien, piojo... —escuchó que le decía mordiendo las palabras—, esta misma tarde, en vez de leerle cuentos de curas a ese loco, le dirás que ni un solo hombre de esta carabela navegará un día más hacia el oeste. Y que si él quiere seguir, lo podrá hacer solo y en una chalupa mientras tú, sentado a su lado, le lees de pe a pa esa maldita Biblia. ¿Me has entendido? —le gritó, mientras lo remecía con fuerza—. ¡Ay de ti si mañana mismo no ordena volver rumbo! —acabó diciéndole mientras lo empujaba con tal violencia, que Gabriel rodó por el suelo.

Esa tarde, cuando como de costumbre Colón se sentó a escuchar la lectura del libro que el niño tenía abierto sobre la mesa, junto a la vela, en vez de la clara voz oyó unos suspiros profundísimos. Extrañado, pensó que Gabriel había vuelto a sus dudas de antes, pero algo en su actitud le hizo advertir que el asunto era ahora distinto.

—¿Qué te sucede, Gabriel? ¿Por qué no lees?

—Don Cristóbal —murmuró el polizón—, ¿usted cree que aún falta mucho para llegar a las Indias?

—¿Por qué me lo preguntas?

—No sé... ¡Es que ya hemos navegado tanto! Y...

El niño estaba muy pálido y, pese a los esfuerzos que hacía para que no se le notara, comenzó a temblar.

—¿Quién ha estado violentándote? ¿Qué te han dicho para atemorizarte así? ¡Responde! —le ordenó Colón con firme voz.

—Naaaaadie, naaaaaada, don Cristóbal. Solo cosas que he oído al pasar —le respondió en un susurro Gabriel, que hubiera muerto antes de convertirse en un delator.

Colón se dio cuenta inmediatamente del dilema en que ponía al niño, y no lo siguió interrogando. Luego, murmuró para sí:

“¡Es Francisco! ¡No puede ser ningún otro! Ese andaluz de mala ralea es el único capaz de amedrentar a este pobre para amenazarme a través de él”.

Mas, de todo esto nada le dijo al polizón.

Al día siguiente, al alba, el almirante hizo reunirse una vez más a la tripulación en cubierta.

—¡Quien tenga algo que decirme que dé un paso al frente! —los conminó, al tiempo que miraba de hito en hito a Francisco, que estaba en medio de la muchedumbre inquieta.

Se produjo entonces un interminable silencio. Los marineros que rodeaban al contramaestre le daban con los codos disimuladamente, urgiéndolo a hablar por ellos. Gabriel, por su parte, escuchaba con el alma en un hilo y se encomendaba a todos los santos que conocía, rogándoles para que el almirante encontrara la manera de dominar a esos hombres violentos. Pero Francisco, tan feroz con Gabriel, tan bravucón entre sus secuaces, no se atrevía ahora a sostener la mirada de Colón, quien no se la despegaba, paralizándolo con su fuego y su rectitud. Y allí se quedó, cabizbajo y humillado, y su odio aumentó, como siempre crece el rencor de los cobardes contra el que no han osado enfrentar.

Y uno a uno los marineros fueron agachando la cabeza.

Entonces, por sobre el golpear de las velas en el viento, el almirante alzó la voz y les dijo:

—¡Hombres de mar! Ayer se cumplió un mes desde que zarpamos de la Gomera. Según mis cálculos, la tierra no puede estar lejos, pero bien sé que desconfían de mí. Es por eso que los ha invadido el miedo. Contra ello no tengo otra solución que emplear la fuerza:

¡el primero que vaya hablando de amotinarse para regresar será colgado, en el acto, del palo mayor! ¡No tendré misericordia! Pero también yo quiero comprometerme ante ustedes. Navegaremos todavía una semana con rumbo oeste. Pero si al cabo de ella no hemos avistado aún tierra, yo les juro ante Dios y en nombre de nuestros reyes Fernando e Isabel, que mandaré volver el rumbo y regresar a España. Hasta entonces, recuérdennlo, ¡mi mano será de hierro!

Y dando media vuelta, el almirante se dirigió, alta la cabeza y seguros los pasos, hacia su cámara.

Capítulo IV

El plato envenenado

Uno, dos, tres, cuatro fueron pasando rápidos los días de esa última semana. El mar, el terrible mar, seguía imperturbable y con su horizonte hermético, como si nunca hubiera sabido lo que era dejar asomar tierra. Hubo falsos gritos de tierra, falsas señas desde la Pinta, esperanzas vacías que solo contribuyeron al malestar creciente de la tripulación acobardada.

El almirante, en cambio, parecía impasible, indiferente a todo cuanto no fuera la navegación y la lectura de la Biblia.

Gabriel, sin embargo, intuía el drama que estaba viviendo para sus adentros ese hombre tan tranquilo. ¡Era su vida entera la que estaba en juego! ¡Nadie sino él era el

responsable de marinos y barcos y del éxito de la expedición! ¡Nadie sino él tendría que rendir cuentas a los reyes!

Por esos días, el almirante le pedía al polizón una y otra vez que le leyese la creación del mundo, como si en esas palabras encontrara un inmediato consuelo. “En el principio creó Dios los cielos y la tierra...”. Tanto había repetido el niño esos primeros versículos del Génesis, que ya no necesitaba mirar el libro.

Un día —el quinto de esa última semana—, Gabriel se animó a preguntarle a Colón:

—Don Cristóbal, ¿por qué me hace leerle siempre el primer capítulo del Génesis?

—Hijo —le contestó este mirándolo suavemente—, te hago leérmelo porque nada en todo el Libro Santo es más parecido a nuestra situación actual en este barco que la que ahí se relata, la del comienzo del mundo. Porque hasta el mismo Noé, durante el diluvio, esperaba que reaparecieran luego las mismas tierras que él ya conocía y que sabía sumidas en las aguas. Pero nosotros... ¡Para nosotros tiene que comenzar el mundo de nuevo, igual que en el Génesis!

—¿De nuevo el mundo? —le preguntó el niño, sin entender nada.

—¡Sí, así es! ¡Nosotros vamos hacia un nuevo mundo y un nuevo cielo! —exclamó Colón con la voz estremecida y esa mirada ardiente como ninguna—. ¡Y allá encontraremos también el Paraíso! —agregó con tanto entusiasmo, que se levantó del sillón y agitó las manos en el aire.

—¡El Paraíso! —la sorpresa de Gabriel no tenía límites—. ¿Habla del Jardín de Adán y Eva?

—¡Sí! ¡Sí! ¡Del Jardín del Edén del que fueron expulsados! ¡Allá está! ¡Hacia el occidente!

—¡Oooh! —exclamó el niño, que no podía creer lo que estaba oyendo—. ¡Qué maravilla! ¡Ojalá aparezca luego!

—Dios lo quiera, hijo, Dios lo quiera... —suspiró Colón, saliendo de la cámara a interrogar al vigía del mástil, como lo hacía todas las noches antes de irse a dormir.

Esa noche Gabriel soñó que llegaba al Paraíso y que cuando más feliz estaba descubría a Francisco, el contramaestre, con cuerpo de culebra y enroscado en un manzano.

Y así llegó, sin novedad, el sexto día de esa última semana de plazo que el almirante había jurado respetar ante los hombres de la Santa María. El sol brillaba en un cielo sin nubes y el viento del Este inflaba las velas de las tres pequeñas naves, haciéndolas cortar el agua azul raudamente. Miradas desde lejos, se habría dicho que eran tres delicadas golondrinas blancas volando a ras de las olas. Mas el clima entre los hombres de la carabela capitana ya no podía ser más amenazador. Hacía dos días que el alguacil del agua se había visto obligado a racionar la bebida, disminuyendo la cuota diaria a un vaso por hombre. Y la mazamorra, con la carne salada agusanada y la galleta rancia, apenas daba para sostener a esos rudos hombres en pie. Muchos estaban ya enfermos del temible escorbuto, la enfermedad que mataba más que el mar.

—¡Este asesino terminará con nosotros! —gruñían.

—¡Nunca nos alcanzarán los víveres para volver, si es que este demente decide algún día cambiar de rumbo!

—Moriremos de sed. ¡Ya no tenemos vuelta!

—Aunque el genovés cumpla su palabra y mañana emprendamos el regreso, ¿qué vamos a comer y beber de aquí a España? ¿Orina y cuero de cinturones?

—¿Y con qué viento volveremos si este nos empuja sin cesar hacia el maldito Oeste?

—¡Por culpa de ese lunático estamos perdidos!

—¡Estamos perdidos! ¡Estamos perdidos!

A mediodía, cuando Gabriel fue al fogón en busca de la mazamorra del almirante, encontró a Francisco junto al cocinero. Y estaba también con él uno de sus secuaces predilectos —un sevillano medio moro y con fama de brujo—, que encucillado cerca de las brasas parecía muy interesado en el pocillo de Colón que ya humeaba en medio de una fuente.

Al verlo acercarse, los tres hombres, en vez de recibirlo con las groserías de costumbre, se apartaron, haciéndose los desentendidos.

Gabriel tuvo una súbita sospecha: ¿y si hubiesen estado envenenando la comida del almirante? Pero, ¿cómo estar seguro? ¿Qué hacer? Tomó la bandeja y se dirigió lentamente por la cubierta hacia la cámara. Al caminar, sentía clavadas en su espalda las miradas



de los facinerosos. ¿Estaría envenenada esa comida? ¿Y si simulaba un tropiezo y la arrojaba por sobre la borda? Pero era tan poco el alimento que quedaba en la pobre nave que no se animaba a perder esa ración por una simple sospecha.

Francisco y el moro seguían vigilándolo desde el fogón. Y a pesar de que el polizón iba caminando cada vez más lento para darse tiempo, la puerta de la cámara ya estaba allí, frente suyo.

“¿Qué hacer? ¿Qué hacer?”, se repetía Gabriel, angustiado. Tampoco podía contarle sus sospechas a Colón, pues si estas eran infundadas, el almirante, con toda razón, sería el primero en reprimirlo. Pero, ¿y si esos trozos de carne salada o esa masa de harina estaban realmente envenenados, como él temía? ¿Y si don Cristóbal, por culpa suya, moría? ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Repentinamente, casi sin pensarlo, el niño se decidió: apoyó la bandeja en el picaporte de la puerta de la cámara, libró una mano y tomando con tres dedos un trozo de carne y mazamorra se lo llevó a la boca y se lo tragó rápidamente, sin masticarlo siquiera. Y luego golpeó para entrar.

—¡Adelante! —dijo Colón.

Pero nadie entró en su cámara, porque en ese mismo momento Gabriel, afuera, sintió una puñalada en el estómago que lo hizo doblarse y caer al suelo de dolor. Se le nubló la vista, pocillo y bandeja rodaron lejos tintineando, y un sudor frío lo empapó de pies a cabeza. Así, cuando Colón, extrañado por el ruido, abrió él mismo finalmente la puerta, se encontró con el niño que se revolcaba en el suelo, presa de violentos espasmos.

Al verlo caído, tiritando y boqueando, con esa cara blanquecina que tienen los agonizantes, el almirante sintió que la desazón y el dolor lo abrumaban. En un segundo cayó en la cuenta de que ese niño era como un ángel que Dios le había enviado para acompañarlo en su inmenso viaje, y que él lo había descuidado, dejando que le acaeciera una desgracia. Se agachó, llamando a gritos al viejo Anselmo, tomó a Gabriel en sus brazos y lo fue a acostar a su cama.

—¡Es el escorbuto! —gruñó Anselmo apenas vio a Gabriel—. ¡Está mal! Iré a prepararle una tisana...

Y salió de la cámara a grandes pasos.

Toda la tarde la pasó Colón cerca del enfermo. Se inclinaba, acariciaba la frente del niño y trataba inútilmente de aplacar las violentas sacudidas que lo acometían. Luego, desesperado, salía al puente y escudriñaba el horizonte, instruía al piloto o interrogaba al vigía. Como una maldición eterna, la respuesta desde el palo mayor era siempre la misma:

—¡Nada al Oeste! ¡Nada al Oeste!

Esa noche fue Cristóbal Colón quien abrió la Biblia y se puso a leer con voz ronca junto a la cabecera de Gabriel: "En el principio Dios creó los cielos..."

Pero el niño ya casi no daba señales de vida.

Capítulo V

El motín

Mientras tanto, Francisco y sus secuaces se reunían en la oscuridad para decidir lo que iban a hacer.

—¡Si ese maldito polizón se recobra, aunque sea por un segundo, nos delatará! —cuchicheó el contramaestre—. ¡Y nos colgarán del palo mayor!

—¿No habrá manera de acabar de una vez por todas con él? —se preguntó el moro.

—¡Imposible! ¡El genovés ronda cerca suyo! Y el viejo Anselmo tampoco querrá ayudarnos... A menos que...

—¿A menos que qué? ¡Di! ¡Di!

—A menos que le digamos al viejo que estamos arrepentidos de haber tratado mal al muchacho y que quisiéramos pedirle

perdón en cuanto recupere el conocimiento —dijo Francisco, y continuó—, y si de veras lo recupera, vamos, lo agarramos y ¡CRUAC! —e hizo un ademán como el de estirarle el cogote a una gallina—. En todo caso mañana mismo vence el plazo que el maldito italiano juró respetar. Si al caer la noche no da señas de querer cambiar el rumbo y volver a España, ¡como que me llamo Francisco que lo empujaré yo mismo por la borda al mar! Y una vez muerto él, poco importa lo que suceda con ese polizón entrometido.

Finalmente amaneció el séptimo día, el último de la semana que se había dado de plazo el almirante. El tiempo, hasta entonces despejado y bueno, se mostró amenazador desde las primeras luces del alba. Una barra negra y gigantesca, que cerraba el horizonte, fue acercándose al pasar las horas hasta ensombrecer con sus nubarrones la superficie del mar que los rodeaba. A mediodía, el viento se levantó violentamente, y las otras dos carabelas se vieron obligadas a alejarse de la Santa María para tener espacio en sus maniobras. Las olas se fueron hinchando y ahondando hasta el punto que las naves se perdían de vista a cada instante.

Gabriel aún vivía. Pero tendido en el lecho de Colón, blanco y frío como la nieve, apenas respiraba. Ya no reconocía a nadie. El almirante había hecho traer un brasero a la cámara para calentarlo, y a cada rato trataba de hacerle beber unos sorbos de tisana. Mas todo lo hacía sin muchas esperanzas.

Afuera, la tormenta que ya estaba encima oscureció el día de tal manera que parecía haber caído la noche a mediodía. La inmensa extensión de las aguas se redujo a una suerte de caverna movediza en la que la Santa María a duras penas cabía. Desde lo alto se desplomó un diluvio, y las reventazones de las olas comenzaron a hacer crujir el casco de la carabela como si lo estuviesen demoliendo. Colón gritaba órdenes; los hombres corrían a asegurar cabos, a arriar velas, a afirmar los mil bultos que volaban por cubierta.

Todas las ilusiones del almirante se venían abajo. Con esa tempestad tremenda, aunque tuviesen tierra delante de sus narices, nunca la verían. O peor, se estrellarían contra ella. ¡Y este era el último día! ¡El día que había jurado emprendería la vuelta a España si las Indias no aparecían en el horizonte! ¡Qué fatalidad!

Francisco y los suyos veían la cara demudada de Colón y se regocijaban pensando en el fracaso del genovés. ¡No le quedaría otra que disponer el regreso! Y si no...

Cuando Anselmo salía de la cámara, el contraamaestre lo interpelaba, mascullando:

—¡Viejo! ¿Cómo está el polizón?

Y el veterano bajaba la vista y negaba con la cabeza:

—No, no, ese niño no se recupera... Ya casi no tiene pulso.

Pasaron las horas. Gabriel agonizaba, la tempestad aumentaba su violencia y Colón, con la muerte en el corazón, asistía a la ruina de su grandioso proyecto. Cuando llegó al fin la noche nadie a bordo del barco lo supo, tan oscuro había sido el día. El mar, como un gigante enloquecido, rugía mordiéndolos con los terribles colmillos de sus olas. En los treinta años de su vida de marino, el almirante no se había hallado en ningún viaje ni mar con una tormenta como esta. ¿Volverían a encontrarse con la Pinta y la Niña a las que no divisaban desde hacía doce horas?

Pese a que los aullidos del viento ahogaban las voces, Francisco logró comunicarse con el

moro y sus otros secuaces. Había llegado la hora de terminar con el genovés.

—¡Se cumplió el plazo y nada ha dicho!

—¡Nunca ordenará volver!

—¡Se está aprovechando de la tempestad!

—¡Aprovechémosla nosotros también!

—¡Sí, ahora o nunca!

—Iremos los seis a la cámara —cortó Francisco—. Lo apresaremos y lo echaremos al mar por la borda. Sus oficiales flaquearán ante su desaparición y dispondrán inmediatamente el regreso a España. Eso es seguro. ¿Hecho?

—¡Hecho! —mascullaron los otros cinco.

Y luego, a tientas por la cubierta inundada, se fueron descolgando hacia la cámara del almirante.

Era medianoche pasada. Cristóbal Colón, a la luz de un candil que se balanceaba de un lado a otro colgado de una viga, velaba a Gabriel. Ese polizón, que moría ahí ante sus ojos, ¿sería acaso un signo enviado por Dios?, se preguntaba una y otra vez. ¿Qué habría venido a anunciarle? Mas, ¿qué importaba ahora saberlo, puesto que Gabriel agonizaba?... ¿Y no se extinguía también, esa misma noche, un infeliz navegante llamado Colón? ¿No amanecería mañana, junto al

cadáver del polizón, un muerto en vida que se vería obligado a volver a España con las manos y el alma vacías? ¿Qué rey de Europa le creería otra vez? ¡Su empresa y su vida estaban terminadas! Y las lágrimas de Colón le corrieron por sus mejillas mientras se inclinaba hacia el niño para cerciorarse de que aún respiraba.

A la luz tenue del candil, entrecortada por la de los relámpagos de afuera, la pequeña cara aparecía casi irreconocible: el moribundo había envejecido cien años. Colón, al no sentir ya el más leve soplo de aliento en su mano extendida ante la boca del niño, se echó sobre él, consternado, para tratar de oír los latidos de su corazón. Pero en ese preciso instante, acompañada de un horroroso trueno, la puerta se abrió de un golpe y seis figuras oscuras, chorreando agua y con ojos brillantes como los de los lobos en invierno, entraron a tropezones en la cámara.

Colón, arrodillado junto a Gabriel, se volvió hacia ellos con la mirada velada por el dolor. Mas cuando Francisco, de una patada, cerró la puerta tras suyo, el almirante se levantó prestamente y enfrentándolos los interpeló con voz calma y firme:

—¿Qué significa esto? ¿Qué quieren?

—¡Volver a España! ¡El plazo se cumplió! —gritó Francisco, que cobarde como era, tenía que levantar la voz para sentirse más fuerte.

—Yo soy el almirante de esta flota —afirmó Colón— y soy yo quien da las órdenes. ¡Salgan ahora mismo de mi cámara! ¡Mañana los pondré a los seis en el cepo! ¡Salgan! Si no por mí, ¿no tendrán al menos respeto por un niño que muere? —acabó diciendo mientras se acercaba, temblando de furia contenida, al contraamaestre y sus cinco cómplices.

Francisco, entonces, enloquecido, lo esquivó dando un salto hacia donde yacía Gabriel, y sacando un cuchillo, gritó:

—¡Muera este polizón maldito y muere tú, genovés mal nacido!

El moro y los otros, que también habían sacado sus puñales, se echaron sobre el almirante, que no hizo un solo gesto para defenderse o huir. Y allí mismo hubiera perecido traspasado si un grito más penetrante que el aullido del viento y más profundo que los truenos no se hubiese dejado oír en ese momento en la cámara. Era una voz espeluznante que sonaba tan próxima y al

mismo tiempo tan lejana, que a los hombres se les heló la sangre en las venas.

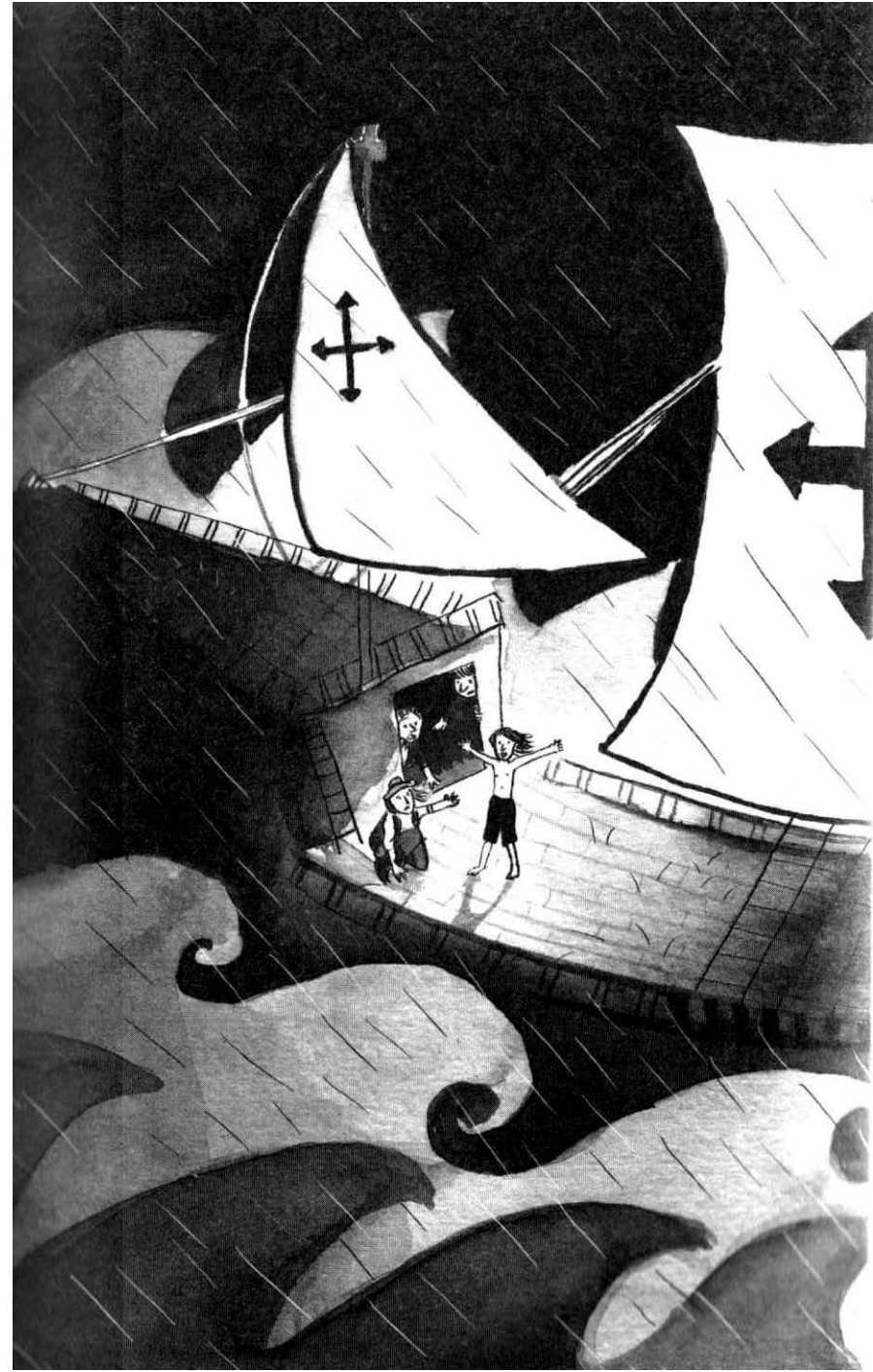
—Oooooooooooooooooooooo... —sonaba el grito.

Los cómplices, con las navajas aún en alto, se miraban aterrorizados; el mismo Colón, que había visto llegar su última hora y cerrado los ojos encomendándose a Dios, se sobresaltó con ese grito escalofriante.

—OOOOOOOOOOOooooooooOOOOOOOOO
OOoooooooo —ululaba la voz sin parar, como si el aliento que la producía fuera el de un gigante.

Se volvieron todos hacia el fondo de la cámara en penumbras, y allí vieron a Gabriel que, de pie y semidesnudo, los miraba con la boca abierta: ¡de ella salía ese grito que los paralizaba! La cara del niño, apergaminada como la de un anciano, parecía iluminada por dentro, como si en el interior del cráneo tuviese una vela encendida. Sus pequeñas manos, abiertas y extendidas hacia ellos, temblaban como tiemblan las llamas.

Boquiabiertos ante esa aparición, los seis amotinados bajaron los puñales y se replegaron, apartándose de Colón. Este se adelantó hacia Gabriel para abrazarlo, pero se detuvo cuando el niño, dejando bruscamente de gritar, avanzó por



la cámara. ¡Oh maravilla! Mientras los demás tenían que sujetarse para no caer —tales eran los bandazos y cabeceos de la Santa María en la tormenta—, Gabriel marchaba muy derecho y sin una oscilación. Pasó así, en silencio, junto al almirante y por entre los marineros, que le abrieron paso llenos de espanto. Su cuerpo entero semejaba una lámpara viva, y de él se desprendía un olor penetrante, parecido al de las leñas de pino cuando arden. Llegó hasta la puerta, que se abrió de un golpe ante él. La lluvia y el agua espumosa de las olas, impelidas por el ventarrón, penetraron en el cuarto, desbarajustándolo y anegándolo en un segundo. Se apagó el candil, volaron libros, mapas e instrumentos; los hombres quedaron calados hasta los huesos. Pero a Gabriel en el umbral, ni una gota de agua o soplo de viento parecían tocarlo. Salió entonces al puente donde se detuvo, brillante como una antorcha en medio de la oscuridad que rugía y se revolcaba.

Capítulo VI

El nuevo Génesis

Sujetándose con dientes y uñas para no caerse, Cristóbal Colón salió de la cámara detrás de Gabriel; los amotinados, sin saber por qué, lo siguieron. Afuera, el aullido de los aires y el rodar interminable de los truenos encogían el alma y hacían vacilar el entendimiento. Y en medio de esa negrura y feroz confusión nunca vistas, ellos volvieron a oír entonces esa voz sobrenatural que nada era capaz de ahogar. Pero ahora no fue un grito ininteligible el que le oyeron proferir a esa figura iluminada, sino unas palabras claras, solemnes y tan antiguas como el mundo:

—La Tierra era caos y confusión y oscuridad por encima del abismo.

Al oír esto, Colón y los otros, que a duras penas se sostenían agarrados a cuerdas, azotados por olas y ráfagas, comprendieron que estaban, de verdad, viviendo un caos de infinita confusión, igual al que había precedido a la creación del mundo: ya no distinguían el arriba del abajo; ya no sabían cuál era el mar y cuál el cielo, cuál el agua dulce que caía de las nubes y cuál la salada que saltaba de las olas; ya no sabían si el niño era una aparición o un ser humano como ellos; no sabían si estaban despiertos y vivos, o soñando, o muertos...

Y nuevamente la voz de Gabriel dijo, más potente que los truenos:

—Dijo Dios: “Haya luz”, y hubo luz.

En ese momento, como una luciérnaga increíblemente lejana, Colón, Francisco, el moro y los otros, vieron aparecer, hundida en el seno de las nubes tormentosas, una luz debilísima que poco a poco fue afirmándose. ¡Era el día! ¡Era el día que llegaba! Ay, ¿un día como el primer día del Génesis...?

Y el niño gritó otra vez:

—Dijo Dios: “Haya un firmamento por en medio de las aguas, que las aparte unas de otras”.

Mar y cielo, como si le obedecieran, entreabrieron entonces sus inmensas fauces oscuras, separando de un golpe las lluvias de las olas, lo dulce de lo salado; y allá en el fondo, ese finísimo punto de luz aparecida fue extendiéndose a izquierda y derecha, hasta establecer la larga línea del horizonte en la negrura. ¡Ah, el océano y la bóveda celeste estaban al fin separados! ¿No había sido así el segundo día de la creación?

Y en el pequeño cuerpo de Gabriel volvió a resonar la voz inmensa:

—Dijo Dios: “Acumúlense las aguas por debajo del firmamento en un solo conjunto, y déjese ver lo seco”.

Cristóbal Colón y los otros oyeron en ese instante, como un débil eco de la voz del niño, otra voz que, más allá de la Santa María, gritaba:

—¡Tierra! ¡Tierra!

Y por entre la Pinta y la Niña recién aparecidas en la aurora, vieron hacia el Oeste, sobre la línea pálida del horizonte, una especie de gaviota gris que con las alas abiertas, planeaba, lejanísima e inmóvil. Pero no; no era un ave y tampoco era una nube. ¡Era la leve cumbre de una isla que asomaba! ¡Era la tierra, al fin! ¡Era la tierra! Las lágrimas corrieron

libremente por las mejillas del almirante, y Francisco y sus secuaces, todavía agazapados en el puente, se pusieron a gemir como si hubiesen visto su propia tumba.

Gabriel, cuya luz interior no había sido apagada por la del alba, seguía allí de pie, con sus ojos de ciego, sordo a los gritos y a las voces de regocijo que se alzaban en la Santa María y en las otras dos carabelas, ahora cercanas. Sopló luego el buen viento alisio, y con sus manos transparentes empujó las tres naves hacia esa isla aparecida.

Y entonces la voz volvió a dejarse oír en Gabriel:

—Dijo Dios: “Produzca la tierra vegetación”.

En la cruda luz del amanecer, los navegantes, con el corazón lleno de gozo, vieron cómo los rebordes de las montañas y la costa de la isla verdecían y se agitaban: eran árboles, bosques que la cubrían, ondulando al viento.

—Así se cumple el tercer día del Génesis —murmuró Colón, estremecido.

Y gritó Gabriel otra vez:

—Dijo Dios: “Haya luceros en el firmamento celeste”.

Desde la popa, un relámpago dorado iluminó de repente las altas velas. Los hombres se volvieron y contemplaron la salida del Sol glorioso por el Oriente; y, desde su fuego, vieron salir mil rayos que iban rasgando las nubes, y disipándolas, despejando un cielo azul purísimo en el que una uñita de Luna se desvanecía.

¡Los astros! ¡El rey del día y la reina de la noche! ¡Era el cuarto día de la Creación cumplido ante sus ojos!

Para entonces, ni un solo marinero de la Santa María había dejado de comprender que estaba viviendo un hecho único, misterioso, sagrado. Algunos estaban de rodillas. Otros miraban en profundo silencio hacia el puente, donde el cuerpo mínimo y luminoso de Gabriel servía de altavoz a esa presencia colosal que todos sentían:

—Dijo Dios: “Bullan las aguas de animales vivientes y aves revoloteen”.

El mar, de repente, hirvió; y miles de peces voladores tendieron sobre la superficie la malla irisada de sus planeos. Por el aire, una bandada de loros rojiverdes que venía de la isla, se cruzó con gaviotas y petreles que

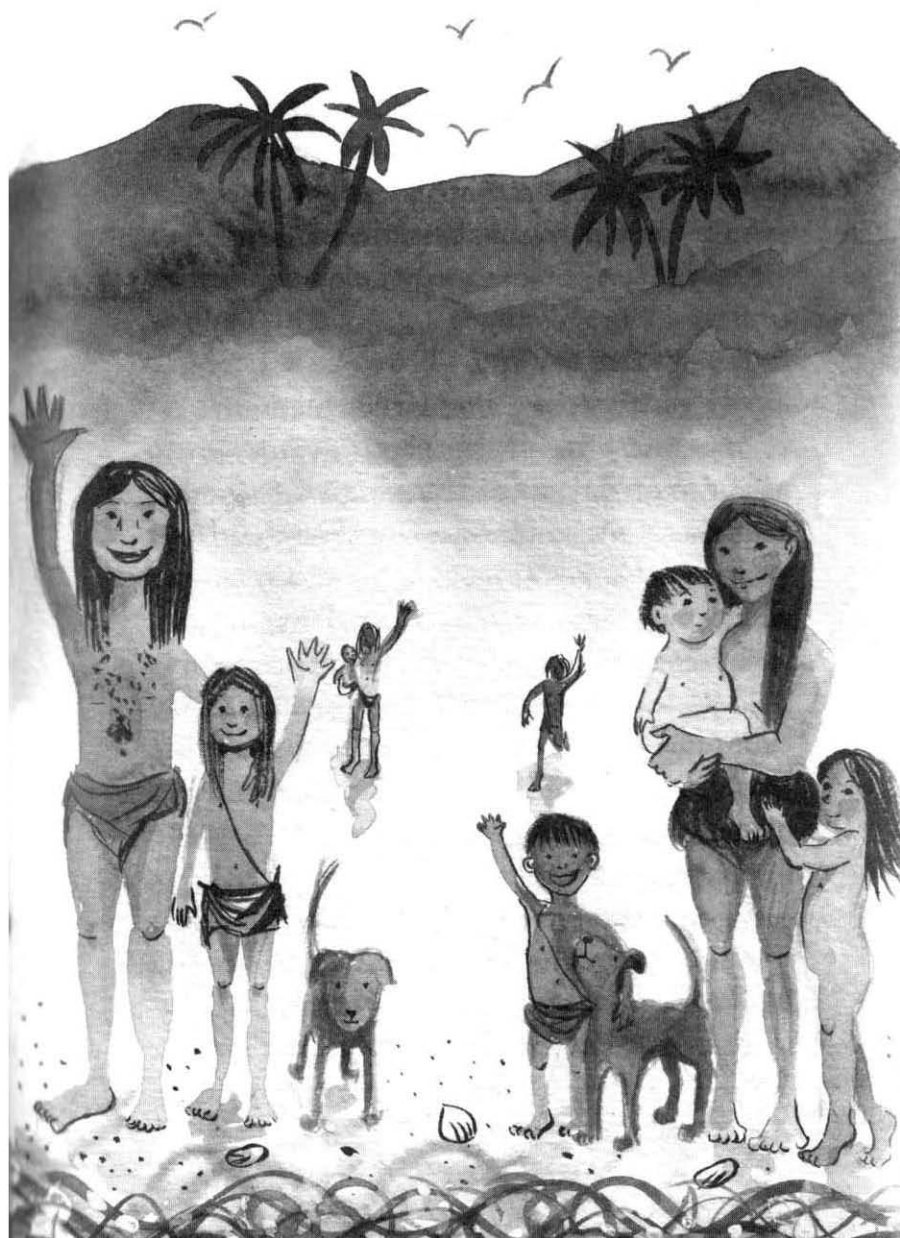
revoloteaban sobre cardúmenes invisibles. La mañana se llenó de gritos. Una golondrina de mar, mansa como ningún pájaro, vino a posarse en el hombro de Colón.

¡Era el quinto día! ¡La creación estaba casi terminada!

De pie al lado de Gabriel, el almirante advirtió que el rostro del niño se opacaba. Pero todavía la voz nítida y poderosa se dejó oír a través de él:

—Dijo Dios: “Produzca la Tierra animales vivientes”. Y dijo Dios: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen...”.

Desde la isla, tan cercana ahora que podían distinguirse la playa rosada de arena de coral y los troncos de la primera línea de palmeras, se oyeron unos ladridos: dos pequeños perros pardos vinieron corriendo hacia la orilla y se detuvieron ante el borde del agua. Y tras ellos, desde las sombras del bosque, los atónitos marineros de la Niña, la Pinta y la Santa María, vieron avanzar hacia el mar a muchos hombres, mujeres y niños que, desnudos, gritaban y agitaban las manos, dándoles la bienvenida. ¡Cumplido estaba el sexto día de la creación!



Cristóbal Colón, maravillado, se volvió hacia Gabriel, y lo vio caído en el suelo. Se abalanzó a tomarlo. Estaba frío, endurecido, y tenía los ojos vidriosos. ¡Su cuerpo era el de alguien muerto hacía ya muchas horas! Abrumado por el dolor y el misterio, se inclinó para besarle la frente. Y entonces escuchó en su mente, en su corazón y en su ser entero, una voz clara y alegre —la voz de Gabriel todavía— que le decía:

—Y vio Dios que todo estaba bien.

Mucho rato estuvo el almirante junto al cadáver del niño. Unos pasos más allá, Francisco y sus hombres, con el alma en un hilo, se aprontaban a morir colgados en castigo por su infamia. Pero cuando Colón al fin se irguió, los buscó con la vista, y llamándolos, les ordenó:

—¡Ustedes seis! ¡Construyan un ataúd para este niño y una cruz para su tumba! —Y les dijo esto sin asomo de ira, como si ya no se acordara de que ellos habían estado a punto de matarlo.

Luego, con su habitual pericia, dirigió la maniobra para fondear su carabela en una bahía de aguas profundas y protegida de los vientos.

Epílogo

América

La primera embarcación que hombres, mujeres y niños de Guanahani vieron llegar hasta la playa desde una de esas enormes casas que flotaban, traía a un hombre vestido con un traje que brillaba y con una cara terriblemente seria, y a otros seis que remaban. Luego de varar el bote en la arena, el hombre de la cara triste caminó playa arriba, llegó junto a los árboles, y deteniéndose, se tocó la frente, el pecho y los dos hombros con una mano.

Poco después, los otros seis hombres lo siguieron, llevando un cajón de madera, dos palos cruzados y un asta con un paño de vivos colores. Los vieron cavar entonces un hoyo profundo entre dos palmeras, depositar en el fondo el cajón, volver a cubrirlo y clavar sobre el montículo de arena los dos palos cruzados.

Vieron luego cómo el hombre triste del traje brillante se arrodillaba, murmuraba largamente y de nuevo se tocaba la frente, el pecho y los dos hombros antes de ponerse de pie. Y vieron cómo los otros seis se echaban a los pies del triste, rogándole por algo; y cómo este asentía y los hacía levantarse.

Oyeron más tarde su fuerte voz, cuando sosteniendo el asta con el paño de colores flameando en lo alto, habló en su lengua extraña mientras muchos otros hombres barbados lo escuchaban en profundo silencio.

Vieron, por último, que el hombre de cara triste se volvía hacia ellos —los hombres, mujeres y niños de Guanahani— y les sonreía.

Era —pero ellos no lo sabían— el 12 de octubre de 1492.

Índice

Capítulo I

¡Polizón a bordo! 7

Capítulo II

Santo y Palomo 15

Capítulo III

Siete días de plazo 25

Capítulo IV

El plato envenenado 33

Capítulo V

El motín 43

Capítulo VI

El nuevo Génesis 53

Epílogo

América 61

+ 9 años



Gabriel tiene **doce años** y **viaja escondido** en la Santa María bajo las órdenes del almirante **Cristóbal Colón**. No hay tierra a la vista, pero sí una **amenaza de motín**. Será entonces el propio Gabriel quien asuma un rol clave en el **viaje** que cambiará el rumbo de la **historia**.

Jacqueline Balcells es periodista de profesión, vivió en Valparaíso y Francia, donde inició su carrera literaria. En SM ha publicado *Simón y el carro de fuego* y en conjunto con la autora Ana María Güiraldes ha escrito reconocidas obras como *Trece casos misteriosos*, *Querido fantasma* y *Terror bajo tierra*. *El polizón de la Santa María* fue incluida en la Lista de Honor de IBBY el año 1990.

156437

ISBN: 978-956-349-667-3



9 789563 496673



INCLUSIÓN MIGRACIÓN AVENTURA PAZ